

# LA MEMORIA NARRATIVA

Luis Mateo Díez

# H

ay una vieja pregunta que sigue teniendo actualidad y que seguramente, sea como sea el siglo que se avecina, no dejará de tenerla. Es aquella que inquiriere sobre el territorio de la memoria que contiene la literatura, la novela, la ficción. Es una pregunta que puede dar pie a algunas reflexiones fácilmente parangonables con otras destinadas a dirimir lo que supone la memoria de la propia literatura, la tradición que la constituye, la conciencia de esa tradición a la que se pertenece, en proporción a la conciencia de la propia lengua como elemento constitutivo y expresivo sustancial.

No reconocer en la literatura, en el arte en general, un caudal tan peculiar como insustituible, de la memoria, un espejo, más o menos sthendeliano o metafórico, de nuestra condición y el tiempo que refleja, es no reconocer esa evidencia de que el arte es una parte sustancial de la vida, de esa otra vida que sólo él contiene.

Los narradores solemos convenir que los elementos constitutivos de nuestro trabajo son, al menos, la imaginación, la memoria y la palabra. Hay quienes afinan más y señalan que la ficción es un espejo de la vida, un espejo que al reflejarla la inventa y la crea, que tiene a la imaginación y a la memoria como elementos desencadenantes y a la palabra como auténtico elemento constitutivo. Uno escribe novelas desde la imaginación y la memoria, materializando su invención en palabras. Se trata, en cualquier caso, de tres elementos de fácil determinación porque nos conciernen a todos los seres humanos, y probablemente esa circunstancia revela bastante de la propia condición de los fabuladores y del destino de las ficciones. Quiero decir, que sentirse dueño de esos elementos, más que distinguir emparenta, y compromete porque nos pertenecen a todos.



El creador de ficciones hace un uso activo de ellos y los conecta o compagina para que segreguen esa materia imaginaria de la fabulación que son las novelas y los relatos. Para escribir ficciones hay que sentirse dueño de las palabras necesarias y hay que saber establecer el telar adecuado para que las palabras confluyan y procreen lo que la imaginación va delimitando. La masa verbal se integra en ese edificio de la imaginación con la misma sustantividad con que el fondo se integra en la forma, atendiendo a los términos de aquella tradicional división cada día más olvidada. Fue Víctor Hugo, hace ya tanto tiempo, quien dijo que la forma es lo que sube del fondo hacia la superficie. Entre la imaginación y las palabras que la modelan narrativamente, fondo y superficie son definitivamente dos términos tan inseparables que bien podríamos entender que son dos términos de lo mismo.

Decir que la ficción es un espejo de la vida avala esa idea de que en ella todos podemos mirarnos reflejados con el latido que concierne a tantas cosas de lo que somos, de lo que sentimos, de lo que soñamos. Un espejo abierto y profundo, a veces casi insondable, que descubre o revela mucho de lo que por otro conducto jamás percibiríamos. Hay una vida al pie de lo cotidiano, en la aventura particular que a cada uno compete, en el viaje que nos corresponde por este mundo, cada cual con sus vicisitudes. Y hay otra imaginaria, que el espejo de la ficción refleja, donde todos podemos sentirnos concernidos de otra manera, a través de la imaginación, de la memoria y la palabra de quien tiene el poder de crear esos universos que encierran las novelas.

Imaginación, memoria y palabra son elementos,

como decía, de los que todos somos dueños, llaves para esas aventuras en las que existen otras posibilidades de vivir intensamente lo que sólo en ellas puede vivirse. Y de sobra sabemos que, con frecuencia, en el espejo de la ficción está reflejado el secreto de lo que la vida jamás nos desvelará, y que sin ese espejo nuestra existencia es irremediabilmente mucho más pobre.

He oído decir que el territorio de la imaginación y la memoria es el territorio interior de la experiencia, y que en algún punto impreciso de confluencia de ambos es donde salta la chispa que suscita una historia, casi siempre revestida en su formulación originaria por una idea o una imagen de específica condición narrativa. Una imagen o una idea que contienen la sugerencia o la aureola poética que dará destino y sentido a la historia que irán segregando, ya que una parte crucial del proceso creador de la novela estribará en orientar esa segregación.

Si la memoria y la imaginación están en el interior de la experiencia, como motores de la invención, podríamos decir que la palabra, íntimamente ligada a ellas sin solución de continuidad, está en el exterior, en tanto cumple la tarea de exteriorizarlas, de materializar la expresividad. La novela se alimenta en igual medida de esos tres elementos sustanciales y el estallido de la invención, por decirlo con cierta fogosidad, se produce siempre en el punto de confluencia de los mismos. Yo aseguraría que la palabra, la palabra narrativa, requiere de la imaginación y la memoria para ser tal palabra, sin ellas sería otra cosa. Y la imaginación y la memoria jamás podrían alimentar una novela sin esa misma palabra mediadora, constitutiva.

Esa experiencia interior de la fabulación no puede

**LUIS MATEO DÍEZ** nació en Villablino (León), en 1942. En 1973 escribió su primer libro de relatos, *Memorial de Hierbas*, con el que se reveló como uno de los más destacados cultivadores del género, y en 1989 publicó otro, *Brasas de Agosto*. Asimismo, sus novelas le han granjeado un puesto entre las primeras filas de la narrativa española actual. Junto a *Parnasillo Provincial de Poetas Apócrifos* (en colaboración), *Relato de Babia*, *Apócrifo del Clavel* y de *La Espina y las Estaciones Provinciales*, cabe destacar muy especialmente *La Fuente de la Edad*, con la que en 1986 obtuvo el *Premio Nacional de Literatura* y el *Premio de la Crítica*, y *Las Horas Completas*, que junto con *El Expediente del Naufragio* forman un ciclo de novelas que comparten la geografía provinciana en que desenvuelven las tramas, el tiempo en que transcurren (la oscura etapa de los años cincuenta del franquismo) y el infortunio en que están sumidos sus personajes.



alcanzar sentido y destino si no nace ya encaminada hacia la expresividad en que se materializa: ese exterior de la palabra que es, además, quien la hace pública y participable.

Memoria e imaginación pueden ser también elementos sustanciales de otras ficciones que no tienen, como la novela, la palabra como conductor de expresividad. Y en este sentido hay que reconocer la especificidad de la ficción escrita por ser dueña de la palabra como sustancia decisiva de la misma. Y hay que reconocer, como ya he dicho, que es desde la palabra, desde la palabra narrativa, desde donde fluyen y se iluminan la imaginación y la memoria.

Supongo que con lo que llevo dicho, ya podría aventurar que ese territorio de la memoria que está en la literatura es un territorio peculiar que contribuye, seguro que muy profundamente, a acrecentarla, a sostenerla. La memoria como elemento constitutivo de lo imaginario alcanza un grado de perpetuación que incluye lo que a la experiencia individual y colectiva del creador pertenece, lo que esa experiencia destila como alimento de la imaginación en el imprescindible encuentro de la palabra. Es una memoria peculiar en lo que tiene de memoria artística, de memoria creativa, de memoria narrativa, si seguimos sin salirnos del ámbito de la ficción.

No sé si sería significativo delimitar, bajando más el detalle, la distinta entidad de esa memoria en lo que pudiera ser una narrativa testimonial o una narrativa fantástica, por buscar dos direcciones muy alejadas entre sí. En cualquier caso los datos más o menos explícitos de la misma estarían en ese orden de lo imaginario que les concede otra significación, que los distingue de los que por otros medios almacena la memoria común o la memoria histórica.

Si la ficción es esa otra parte de la vida que se acumula desde las conquistas imaginarias del arte de narrar, la memoria que pertenece a esas conquistas, que las nutre y revela, tiene la peculiaridad de un valor más ambiguo, de una verdad que pervive en el recuerdo escrito de su fabulación, de una huella que en la verosimilitud de lo que se cuenta marca un grado de belleza y lucidez distintos a los que se perpetúan por cualquier otro conducto.

Una evaluación de lo que en la memoria histórica, en el devenir de los siglos, supone la memoria literaria, la memoria narrativa, la huella de esa verdad artística que se ha perpetuado en el universo imaginario, resultaría tan contundente que, si sólo por un

momento pudiéramos pensar en su pérdida o en su inexistencia, sentiríamos el terrible vacío de lo que sólo ella contiene, ese otro resplandor del pasado que la ficción literaria hace pervivir con el latido y la intensidad con que sólo el arte derrota al tiempo.

Porque una parte imprescindible de la conciencia de lo que somos está en lo imaginario, en el espejo sthendeliano o metafórico de lo que la ficción refleja desde que existe, y esta celebración de la imaginación y la palabra se constituye como elemento fundamental de la lucha contra el olvido. Hablar, narrar, inventar historias de unos hombres que vivían enhebrados al lenguaje que los crea, dice Emilio Lledó, es romper el impávido ritmo del mundo y de las cosas y poner a su lado otro universo, más abstracto tal vez, pero más firme. La memoria de las palabras se acaba haciendo eco, espejo de la vida.

Esa vieja pregunta sobre el territorio de la memoria que contiene la literatura, tiene su mejor contestación en el propio ejercicio que cada uno podemos hacer de lo que a través de la literatura sabemos, recordamos, reconocemos, del pasado: de tantos conocimientos imaginarios que perviven y se recrean conectando nuestra sensibilidad de lectores con los universos que encierran las ficciones.

Aunque la novela esté ya muy lejos de aquella prerrogativa de escuela de vida, que obtuvo en la edad dorada del género, sus conquistas siguen remitiendo a esa especie de interior de la memoria que tan profundas significaciones genera, a esa revelación de lo más hondo del alma humana, en tantas figuras inolvidables, en tantos personajes que viven en su tiempo y llegan al nuestro habiendo roto la lejanía que acrecienta su vida, que la sigue haciendo nuestra.

Ningún archivo documental, histórico, puede preservar, más allá de un caudal infinito de datos e información sobre modos de vida, en todos los órdenes en que la vida humana se muestra, el sentimiento profundo de la misma, el latido que contiene sus emociones, desazones, deseos, la mirada secreta, el placer o el dolor, de algún ser humano de un tiempo pasado. Sólo desde lo imaginario laten y perviven, contribuyendo a una memoria de la existencia humana de la que no queda huella tan profunda en ningún otro sitio, seres como Emma Bovary o Ana Ozores. Y al interior de sus corazones sólo podemos llegar en las novelas en que habitan, donde la vida del tiempo que las contiene sigue brotando con la eterna intensidad de su ficción.